

¿Una independencia chilota? La insurrección o'higginista de 1826*

A Chiloe independence? The O'Higginist insurrection of 1826

GONZALO ARAVENA HERMOSILLA**

Resumen

Este artículo examina un levantamiento ocurrido en la provincia de Chiloé en mayo de 1826, tras la anexión del territorio a la República de Chile. Se argumenta que el levantamiento fue impulsado por el descontento de sectores militares disconformes y de élites locales con la organización gubernamental existente, más que

* Este artículo deriva de algunas ideas presentadas en la tesis doctoral "Chiloé 1826. El proceso de incorporación a la República de Chile, 1813-1831", UPO-Sevilla, 2016.

** Centro de Investigaciones Históricas de América Latina, Universidad Jaime I de Castellón. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, gonzaloaravenah@gmail.com. <https://orcid.org/0009-0003-2140-2420>

por una oposición a los valores republicanos. Éstas buscaron influir en el nuevo proyecto político, reflejando la complejidad de las dinámicas políticas de la época.

Palabras clave: Chiloé, independencia, o'higginismo, autonomías provinciales.

Abstract

This article examines an uprising that occurred in the province of Chiloé in May 1826, following the annexation of the territory to the Republic of Chile. It is argued that the uprising was driven by the discontent of dissatisfied military sectors and local elites with the existing governmental organization, rather than by opposition to republican values. These sought to influence the new political project, reflecting the complexity of the political dynamics of the time.

Key words: Chiloé, independence, o'higginismo, provincial autonomies.

1. Introducción

“Aquellos habitantes virtuosos me han proclamado para que yo presida sus destinos”.

Bernardo O’Higgins, Lima, 1826.

En enero de 1826, ocho años después de la declaración de independencia de Chile y dieciséis años después de la primera junta nacional de gobierno, tropas republicanas llevaron a cabo una exitosa invasión a la provincia de Chiloé. Aquello provocó la capitulación de las autoridades locales y la incorporación de ese territorio al nuevo proyecto político, marcando un hito en la consolidación de la independencia chilena (Barros Arana 1856; Aravena 2017; Cid 2019). Sin embargo, en mayo de 1826, elites locales desconocieron la autoridad del primer gobernador republicano y también del director supremo de entonces. Se sublevaron y declararon la independencia (Reyno 1952; Verbal 2022).

En este artículo propongo que aquel alzamiento se debió principalmente a una reacción frente a la organización gubernamental vigente, más que a una oposición a los valores republicanos o a la idea de unirse a Chile. Argumento cómo la revuelta marcó un punto de inflexión en la actitud de ciertas élites chilotas que, agrupadas en cabildos, mostraron interés en influir en el proyecto emergente, a pesar de haber apoyado previamente a la causa monárquica. Este cambio subraya la complejidad de las dinámicas políticas de la época.

Resuelto mediante una expedición militar que viajó desde Santiago, el levantamiento marcó una pauta para entender cómo en el proceso

de construcción del Estado, actores de diversas vertientes políticas buscaron imponer su ideal de orden institucional. Su puesta en escena puso en relieve el poder de esas elites regionales y lo conectadas que estuvieron en el mapa latinoamericano de entonces. La disputa entre o’higinistas -cercaos a una idea de un gobierno fuerte, centralizado y dirigido por el ex director supremo Bernardo O’Higgins-, frente a otros más liberales -identificados con Ramón Freire, y asociados con ideas vinculadas a otorgar mayor representación a las provincias-, permite sugerir que dicha insurrección funcionó también como una antesala de la guerra civil de 1829.

Aunque con excepciones, no son muchos los trabajos que han estudiado el siglo diecinueve de Chiloé (Aguilar 2010; Urbina Carrasco 2013; León León 2015; Urbina Burgos 2016; Aravena 2017; Catepillan 2017). En ese sentido, este artículo es una aproximación al tema considerando lo escasamente estudiado que ha sido. No es interés del texto observar los detalles que acompañaron a los ejercicios militares de la expedición, sino que se busca instalar la discusión en torno a las consecuencias políticas y simbólicas que este episodio desencadenó.

1.1 “Libre e independiente de las demás provincias de la República de Chile”

En San Carlos, la mañana del jueves 4 de mayo de 1826, parte de la elite local se reunió para plantear su descontento respecto al sistema político chileno. Autoconvocados en una asamblea resolutive, los cabildantes decidieron poner fin a la sujeción al gobierno central como medida de precaución ante la irreligión y furor anárquico, con que genios inmorales “están plagando a la república” (*El Chilote*,

4-7-1826). Argumentaron que buscaban evitar los males causados por la divergencia de opiniones, oscilación de partidos y falta de unidad que imperaba en otras regiones del país. Aprovechando la ausencia momentánea de Santiago Aldunate, gobernador de la provincia que se encontraba en Santiago, proclamaron al mayor de ejército Manuel Fuentes como única y máxima autoridad civil y militar en el archipiélago.

Fuentes era parte del Batallón N°4 que se quedó en San Carlos tras la expedición de enero de 1826. Comandante de artillería y teniente coronel, ha sido catalogado como un fiel seguidor del bando o'higinista (Figueroa 1925: 336; Fuentes León 2023).

Luego, se convocó a una nueva asamblea en la que debían participar diputados representantes de cada uno de los partidos del archipiélago, con plenas facultades para tal fin. En ese momento, la provincia estaba dividida en 10 partidos: Castro, Chacao, Dalcahue, Chonchi, Lemuy, Quinchao, Quenac, Calbuco, San Carlos y Carelmapu-Maullín (Catepillan 2017: 285).

La situación sucedió en medio de una alta precarización económica que atravesaba el gobierno en Santiago (Heisse 1978; Salazar 2011), agravada por una supuesta venta de embarcaciones a las Provincias Unidas del Río de la Plata, y la posibilidad de prestar ayuda militar ante el conflicto que éstas mantenían con el imperio brasileño (Reyno 1952: 197). La pobreza del erario y la actitud del director supremo de entonces, Ramón Freire, lo evitó, pero la venta de las naves y el contexto, fue aprovechado por seguidores y partidarios de Bernardo O'higgins para intentar una aventura en Chiloé, proclamándolo como soberano del país.

En San Carlos, la segunda semana de mayo de 1826, comisionados de distintas partes del archipiélago se reunieron atendiendo el llamado realizado por los representantes locales. Por supuesto, por las características sociales del lugar y época, el listado de participantes incluyó solo a elites chilotas. Muchos de estos representantes comenzaron después a repetirse en asambleas locales, organizaciones provinciales e incluso cargos nacionales.

La asamblea redactó un acta en la que se plasmaron los principales acuerdos relacionados con la situación política del momento. Este texto fue publicado en junio de 1826 en el periódico *El Chilote*. Aunque su nombre sugiere una conexión directa con Chiloé, este periódico se imprimía y circulaba en Lima y era conocido por ser un vocero del o'higinismo en esa época. El acta comenzaba enfatizando y justificando que los representantes se habían reunido para recordar a los habitantes de Chile las virtudes del gobierno de O'Higgins, quien, según ellos, había defendido y liberado al país con su espada.

En principio, la asamblea aclaró que el problema no lo tenía con el Estado sino con el gobierno. Añoraban y valoraban la jefatura de O'Higgins, quien se encontraba exiliado en Lima, en cuyo nombre justificaban su congregación, en curiosa relación con aquel lema del Antiguo Régimen "Viva el rey y muera el mal gobierno".

Por su lado, si Chiloé durante gran parte del periodo colonial mantuvo estrecha relación y dependencia con Lima, esta se acentuó aún más a mediados del siglo XVIII (Urbina Burgos 1986, 2013). Conectados por mar con gran frecuencia y celeridad en tiempos de vientos favorables, algunos de sus habitantes habían

creado vínculos de larga data con la capital virreinal (Aravena, Ibáñez y Orellana 2017).

Los participantes de la asamblea elogiaron el trabajo realizado por O'Higgins cuando estuvo a la cabeza y criticaron duramente a quienes habían propiciado su abdicación. Más aún, sostuvieron que los males del país, relativos a su organización, se arrastraban desde la "ominosa" revolución del 28 de enero de 1823 que lo había depuesto. Para la asamblea, desde entonces todo fue empeorando, las provincias fueron condenadas al hambre y a fluctuar entre "los embates del despotismo y la anarquía".

Resulta interesante porque el relato parece de un grupo de ciudadanos que hubiesen vivido y, desde su óptica, sufrido las deficiencias de la administración que sucedió a O'Higgins. Se disimula muy bien que sólo habían pasado cinco meses desde la incorporación de la provincia al Estado chileno (Aravena 2017: 246). Ese grupo de chilotes, como se verá, influenciados por opiniones políticas externas, creyó más conveniente vincular sus intereses locales con las condiciones propuestas por una administración más centralizada y relacionada con poderes externos, que eran los valores a los cuales asociaban el gobierno del ex director supremo exiliado en Lima. Por otro lado, si pensamos en cómo se desarrollaron los representantes de Chiloé durante esos años, no resulta tan llamativo que su élite se identificara con el o'higginismo. Más sugestivo resulta que la misma asamblea sostuviera que las ideas "desorganizadoras y los impulsos de la desunión" desde el gobierno, habían propiciado que la integridad del Estado se despedazara en nuevas subdivisiones administrativas que otorgaron mayores autonomías regionales y quitaron a Santiago su respetabilidad. Fue

como si toda la experiencia histórica de diferenciación de realidades políticas hubiese quedado en el olvido, tal y cual lo planteaba el Tratado de Tantauco (Tratado de Tantauco, 19-1-1826).

Quienes que se encontraban presentes en ese momento, al tener la oportunidad de participar activamente en el nuevo contexto político, abandonaron rápidamente años de resistencia a la independencia. Esto sugiere que, en retrospectiva, dicha resistencia pudo haber sido más una idealización que una auténtica sensación de pertenencia, basada en su experiencia histórica. La correspondencia del gobernador Quintanilla de años anteriores (Aravena, Ibáñez y Orellana 2018; Fernández 2006), así como las gestas de los militares chilotes en el territorio continental (Mancilla 2016), no coincide con lo que estos delegados proclamaron apenas cinco meses anexionados. No obstante, fuera de esta élite, hay evidencia de que el monarquismo perduró por un tiempo considerable, lo que indica que no es posible generalizar sobre todos los habitantes de Chiloé (Catepillan 2019; Guarda 1992).

El acta de la asamblea continuó señalando que en Chile la moral pública estaba corrompiéndose, pues estaba siendo atacada la religión y vilipendiados sus ministros. La propuesta de la asamblea fue una abierta crítica respecto a los modos de proceder de la administración central. Señalaron que se habían unido a la República cuando esta se hallaba en las agonías de su libertad y que, no habiendo sido participante de sus pasadas glorias, no tendrían por qué integrarse a un país degradado. Sostuvieron que jamás podrían obligar a los habitantes del archipiélago a pasar del despotismo español a otro aún más funesto.

El texto, firmado por Lorenzo Cárdenas como presidente; José Ignacio Herrera, Basilio Andrade, Benito Garay y José Gómez Carrillo como diputados; y Manuel Romero como secretario, fue distribuido en todos los partidos del archipiélago y proclamado como la posición oficial, con el objetivo de llevar a O'Higgins al poder central en Chile.

En el documento se promulgaron nueve artículos resolutivos sobre la actitud que adoptarían. De manera contundente, el primero declaraba que Chiloé se consideraba libre e independiente de las demás provincias de la República, hasta que se restableciera la unión bajo bases sólidas. Esta afirmación autonómica, aunque paradójica, refleja la distancia que este grupo percibía respecto de las propuestas descentralizadoras de Freire y la nueva división administrativa, aunque no del país en sí. El movimiento se planteaba como momentáneo y condicionado al restablecimiento del orden, un orden que, de manera contradictoria, estaba vinculado a políticas centralistas y, sobre todo, o'higginistas. Cabe destacar que, aunque algunos podrían ver en esta declaración un eco de las aspiraciones autonómicas que se atribuyen a gobiernos chilotos anteriores, como el de Hurtado en la década de 1770 (Olguín 1971), las élites chilotas, acostumbradas a gobiernos autoritarios, preferían alinearse con una facción centralizadora antes que buscar una verdadera autonomía (Aravena 2017).

Notando esta sujeción y constatando que no había constitución política vigente, la asamblea declaró que desde esa fecha regiría en el archipiélago el reglamento promulgado por O'Higgins en 1818.

El nuevo gobierno autónomo de Chiloé utilizó ese reglamento constitucional chileno con el fin

de administrar y regir sus relaciones políticas durante el periodo que durase la inestabilidad. Ciertamente esta ironía refleja que en el fondo la proclamación de autonomía fue una manera de presionar al gobierno central para asumir posturas vinculadas con O'Higgins y no necesariamente con actitudes separatistas. Por si fuera poco, el artículo tercero y cuarto del acta, indicaron que, en temas judiciales, eclesiásticos y económicos, la dependencia continuaría estando con Chile, reafirmando que tal emancipación propuesta en el primer enunciado no era sino una retórica política de presión. Finalmente, toda la exposición culminaba con la proclamación de Bernardo O'Higgins como jefe supremo y general de todos los ejércitos de mar y tierra de la provincia de Chiloé.

Esta asociación propone eventualmente tres interpretaciones. En primer lugar, la asamblea no tuvo por fin una independencia de Chiloé dentro del escenario hispanoamericano y develar el nombre de su nuevo jefe político, sino que se dirigió solamente a los habitantes de la República chilena como una forma de persuadirlos para que juntos enmendasen el camino. La idea era que, desde Chiloé, surgiese el movimiento que devolviese el poder político a manos del ex director supremo.

En segundo lugar, el levantamiento reflejó la fractura que existió dentro de los cuerpos armados bajo tutela de Freire, pues hubo militares que respaldaron a los insurrectos dando un resguardo armado para mantener la posición de la asamblea chilota.

Por último, relacionado con lo anterior, se menciona la existencia de un ejército de Chiloé, con fuerzas en mar y en tierra. Más allá de ser

lenguaje propio de un texto persuasorio, no deja de ser interesante toda vez que alude a la condición ofensiva y defensiva, que arrastraba históricamente la composición de los cuerpos armados en Chiloé. Allí se formaron milicias que no eran homologables a las demás provincias del Estado (Orellana y Ibáñez 2011; Orellana 2012). Después de todo, no es azaroso que esa zona haya sido la elegida por O'Higgins para intentar volver al poder.

En los siguientes artículos, el acta planteó cuestiones prácticas, dentro de las cuales se cuenta la confirmación del mayor Manuel Fuentes como jefe de gobierno y militar de la provincia, a la espera de la llegada de O'Higgins para cederle sus poderes, además de la voluntad de proveer todos los sustentos necesarios para hacer posible cuanto antes su llegada al archipiélago.

Los ecos de la sublevación se difundieron paulatinamente. Los primeros en acoger el llamado fueron los habitantes de Osorno, donde las tropas republicanas se proclamaron obedientes a los designios del ex director supremo chileno (Aravena 2017: 251).

En junio, el gobierno de Chile respondió a través del periódico *El Patriota*, publicado en Santiago y replicado el 11 de julio en *El Chilote* desde Lima. En su editorial culpó a Pedro Aldunate, hermano del primer gobernador republicano chilote, como causante de la desestabilización. Este habría llegado en abril de 1826 a San Carlos con la misión de buscar apoyo para sublevarse en favor de O'Higgins. Se señaló que el general Simón Bolívar, por entonces máxima autoridad en el Perú, había ofrecido 400 hombres para realizar una expedición sobre Chile y que estaba decidido a hacerlo desde Chiloé. Esta interpretación de los hechos, replicada en la historiografía regional

en el inicio del siglo XX (Barrientos 1932), refleja cómo con el tiempo se buscó presentar este movimiento como un ejercicio foráneo, influenciado por actores externos más que por dinámicas locales.

Según lo señalado por la editorial del gobierno chileno, Pedro Aldunate habría encabezado la revuelta en Chiloé junto con el Batallón N°4, logrando poner al archipiélago bajo su control en menos de un mes.

El 27 de mayo de 1826, el mayor Jerónimo Valenzuela, también del Batallón N°4, llegó a Valparaíso con la noticia de que se había producido una revolución en favor del exdirector O'Higgins. Según Valenzuela, Pedro había llegado a San Carlos el 25 de abril, comisionado para levantar tropas. Su hermano, el gobernador, fue capturado el 3 de mayo y, obligado a embarcarse en el *Livonia*, llegó a Valparaíso a principios de junio.

Sin embargo, la información sobre el papel de Pedro Aldunate en el levantamiento generó controversia en Chiloé. Al mes siguiente, las autoridades locales respondieron, afirmando que no fue el iniciador de la revuelta, sino que simplemente se sumó a un movimiento que ya estaba en marcha en la provincia. Aunque fue recibido con amabilidad y se le proporcionaron todas las facilidades para su misión, la Asamblea sostuvo que el levantamiento ya había comenzado antes de su llegada.

En cuanto al papel de O'Higgins, aunque no está claro si fue el gestor directo, propulsor o ejecutor de la revuelta chilota, su figura influyó en todos los discursos relacionados con el evento. En este contexto, lo importante no es tanto su participación directa, sino cómo su

imagen y legado impregnaron el levantamiento, marcando significativamente el curso de los acontecimientos.

Un cuerpo armado particular: el batallón n°4

Otro aspecto interesante a destacar es la conformación de los cuerpos armados que apoyaron este alzamiento. Un breve estudio al batallón que acompañó el levantamiento permite entender la inestabilidad política de entonces. El batallón N°4 fue precisamente uno de los cuerpos armados que participó de la invasión a Chiloé en enero de 1826, y que para controlar y mantener la conquista debió quedarse en la provincia. De hecho, Manuel Fuentes llegó a la provincia a cargo de ese grupo (Fuentes León 2023).

Fueron 600 hombres los que compusieron el batallón n°4 en Santiago y que iniciaron su campaña en noviembre de 1825, junto al resto de las tropas que participaron de la expedición. Al segundo día de viaje fue fusilado uno de los milicianos por desertor. El general Guillermo Tupper, que también participó de la incursión, lo recordó señalando que el soldado cayó preso y que fue condenado por una corte marcial al instante. Seis días más tarde, el resto del contingente llegó a Valparaíso. El balance de Tupper fue que habían perdido tan solo 18 soldados como desertores, un número irrelevante si consideramos que el total de la expedición estuvo compuesto por 1.553 soldados, divididos en tres batallones, un cuerpo de artillería y un cuerpo de guía (Tupper 1972: I).

Lo curioso es que, al parecer, 17 de estos 18 desertores pertenecieron al batallón n°4 ya que cuando se consignó el parte de salida de las embarcaciones, en él zarparon sólo 583

soldados, comandados por el teniente Coronel Gana y el mayor Asagra. Más aún, algunos de los soldados que compusieron este batallón habían participado en la revuelta contra el gobierno en Santiago el 8 de octubre de 1825 (Reyno 1952).

Como se ve, este cuerpo no era precisamente el más adecuado al gobierno. Para terminar de caracterizarlo, cabe agregar que el batallón n°4 fue identificado por los comandantes de la expedición a Chiloé como aquel que tenía el contingente más inexperto, con soldados sin la más mínima preparación militar, señaló Tupper.

Fueron estos los soldados que mayoritariamente se quedaron en Chiloé tras la exitosa invasión y quienes, durante la primera semana de mayo, participaron del levantamiento. Relacionando las diversas fuentes, no es extraño constatar que muchos de los que compusieron ese batallón, correspondían a una parte del ejército que patentaba la fractura que existió dentro de la organización.

Podemos conocer algo más de lo que pensaban aquellos soldados a través de las cartas que escribieron a Bernardo O'Higgins al principio de la revuelta. Por ejemplo, Manuel Fuentes señaló que el movimiento era una expresión “de los sentimientos de amor y adición que todos profesan a la honorable persona de usted”. Santiago Aranda, capitán del batallón, señaló estar dichoso de mantenerse a las órdenes de O'Higgins, “como siempre”. Mientras que el sargento Mariano Rojas, lo llamaba como su “venerado Señor” (*El Chilote*, 11-7-1826).

En su conjunto, los miembros de este grupo firmaron otra carta en que expusieron a O'Higgins sus aspiraciones de volver a adquirir las glorias que en otros tiempos habían tenido, y que estaban

lentos del más noble entusiasmo por acercarse a ese momento. Por ello, se manifestaban dichosos de ofrecer sus servicios a O'Higgins para, en sus palabras, "liberar su patria".

Estos soldados no eran desconocidos de O'Higgins: habían servido con él en campañas anteriores durante las guerras de independencia. No es de extrañar, por lo mismo, la facilidad con que las ideas de un supuesto regreso del general fueron acompañadas de un amplio respaldo de la tropa. Tal relación permite entender y comprender con mayor base argumentativa cuál fue el soporte social que acompañó las pulsiones de la comunidad cívica insurrecta.

En conclusión, la revuelta no fue simplemente una insurrección aislada, sino que estuvo profundamente vinculada a las lealtades históricas y emocionales que se mantuvieron vivas entre O'Higgins y los soldados del Batallón N°4. Este batallón, compuesto en su mayoría por veteranos de las guerras de independencia que habían servido bajo las órdenes del ex director supremo, desempeñó un papel importante en el levantamiento. La cercanía de estos soldados con su antiguo líder no solo facilitó el surgimiento de la rebelión, sino que también evidenció su importancia como motor principal de la insurrección. Esta unidad reflejaba las divisiones persistentes en el naciente Estado chileno, demostrando cómo O'higgins podía ser aún un poderoso catalizador de acción, incluso después de partir a su exilio en Lima.

"Sería una bajeza desentenderme de los clamores de pueblos que invocan protección"

Como se ha referenciado, en julio de 1826, fue distribuido en San Carlos de Chiloé el

periódico *El Chilote*, cuyo fin era informar a la comunidad qué estaba sucediendo en relación al levantamiento contra Freire, y ser un servicio informativo permanente para la comunidad. En uno de los escasos números de este periódico, se explicó los eventos mencionados. Sostuvieron que los habitantes del archipiélago habían pasado de una dominación a otra, y que la primera sensación de esperanza al unirse a Chile había decaído súbitamente.

Manuel Fuentes escribió en esa publicación cómo habían evolucionado las cosas para llevar a tal nivel de desestabilización respecto al poder central. Señaló que no era de su incumbencia examinar "bajo qué punto de vista se ha considerado la declaración del archipiélago de Chiloé" pues su patria, como él se refirió al archipiélago (en el sentido de que también era Chile), requería del conocimiento de "todos los datos necesarios para que su juicio sea correcto y sus combinaciones exactas". En esa dirección, su retórica se acotó a plantear lo que creyó como argumentos objetivos para entender el levantamiento. Sostuvo que las asambleas provinciales estaban plenamente vigentes y que cada pueblo era libre de designar a quien las encabezaría, por tanto, en Chiloé era del todo legítimo proponer a O'Higgins como autoridad (*El Chilote*, 11-7-1826).

Es evidente que las pretensiones de objetividad del citado militar, son totalmente matizables en el escenario que se presenta y que se trata de una publicación persuasiva. En ese sentido argumentó utilizando los mismos recursos que proveyó Freire, que las provincias podrían manifestar su descontento cuando el poder central obrase en disonancia con las voces regionales.

Para el grupo insubordinado, el gobierno había adquirido las mismas características por las cuales había sido acusado O'Higgins, siendo el apelativo de dictador el utilizado para definirlo. La “revolución de los pueblos”, como se ha llamado al proceso de 1823 que terminó con la destitución del gobernante (Salazar 2011), fue el argumento utilizado a favor de quien había sufrido su confabulación.

Las noticias de la publicación del mencionado periódico y sus posiciones contenidas, también llegaron a Santiago. El 9 de julio de 1826, el pasquín afín al gobierno *La estrella de Chile*, incitó a la opinión pública publicando cartas del general Simón Bolívar escritas en Perú respecto al levantamiento chilote.

Bolívar había anticipado en sus correspondencias que el tema de Chiloé no le era indiferente. Además, contaba desde hace bastante tiempo con la ayuda de Bernardo O'Higgins, con quien mantuvo contacto durante su estancia en Lima.

Se señaló la vieja tesis de que Bolívar proyectaba utilizar a Chiloé como puerta de entrada al continente (*La estrella de Chile*, 31-8-1826). Esto remite nuevamente al concepto colonial que definió al archipiélago como abertura, dándole características de punto de entrada sobre las costas chilenas y americanas. En el mismo periódico se indicó que, además, se trabajaba en toda suerte de maniobras e impresos con motivo de allanar el camino político para el desarrollo de la estrategia; que se divulgaron noticias que adularon al ex director supremo; y que propiciaron las condiciones para infundir ideas tendientes a desprestigiar el gobierno de Freire. Es sintomático que, por su parte, el periódico

El Chilote, donde escribió Manuel Fuentes, fuese impreso en Lima para ser difundido en Chiloé. La trama de ese pasquín era acusada de estar fraguada por las opiniones políticas o'higginistas exponiendo a conveniencias las citadas actas de la asamblea de San Carlos.

El texto imputaba a O'Higgins haber celebrado en su hacienda de Montalbán en Lima, el éxito de la insurrección chilota, entrando en triunfo con gran comitiva de chilenos y otros convidados. A su vez, planteó que estaba decidido a partir a Chiloé a organizar la provincia y desde allí recuperar el poder, porque -en sus palabras, según ese periódico- “sería una bajeza desentenderme de los clamores de pueblos que invocan su protección”. No sólo eso, sino que también insinuaba que O'Higgins contaba con cuatro mil milicianos y armamento, como también el respaldo financiero para ofrecer montes de oro a aquellos militares que optasen por acompañarle, pues tenía el respaldo en cuanto a tropas, buques y dinero.

O'Higgins pretendió devolver a Chile el orden que creyó haber construido y que veía alterado tras su ausencia. Se ha señalado que Bolívar tenía una visión similar respecto al estado de “anarquía”, utilizando el lenguaje de la época, que dominaba en la recientemente constituida República de Chile. La ocasión era propicia entonces para, habiendo conseguido el apoyo de la asamblea chilota, recuperar aquello que las fuerzas opuestas les habían arrebatado e instalar un régimen que estuviese en sintonía con los ideales bolivarianos.

De esta forma, la expansión del ideal político de Bolívar no habría alcanzado su tope con su intromisión directa en el orden peruano y derechamente en la creación del Estado

boliviano, sino que también habría llegado hasta Chile, siendo su punto de entrada al poder político en Santiago la revuelta o'higginista desde Chiloé (Correa 2003).

Como denotan estas pugnas periodísticas, la intervención de ideas foráneas en la insurrección de mayo resulta evidente desde diversos puntos de vista. Por ello, es interesante entender cómo los chilotes se sumaron a aquella proyección, entendiéndola como una forma de incorporarse al proyecto político central.

Tan importante fue la intervención externa en la generación de una retórica que justificase el levantamiento que, incluso, el mismo O'Higgins desde Lima escribió en *El Chilote* persuadiendo al resto del país sobre los planes que pretendía llevar a cabo. El martes 18 de julio de 1826 proclamó a sus conciudadanos en Chile que habiendo pasado tres años de su separación del poder, volverían a oír de él porque cuando “la mano poderosa del tiempo haya puesto silencio a las pasiones, la imparcial historia recogerá los hechos, y la posteridad hará justicia” (*El Chilote*, 18-7-1826).

O'Higgins utilizó el pasquín para enviar un mensaje en el que destacó ser el primero en iniciar el camino hacia la emancipación definitiva y aclaró que su obra sólo sería bien dimensionada una vez se hubiesen amilanado las pasiones. En relación a ello, se entiende que el texto buscaba incentivar en sus auditores una suerte de añoranza por las glorias pasadas, rescatadas en medio del clima convulso e inestable que mediaba. Agregó que el gobierno de Freire había perdido la existencia moral y política y que estaba confundido por la conciencia de su propia bajeza. Asimismo, y directamente aludiendo al gobernante, planteó

a modo de metáfora que él querría como “Tiberio que lo sucediese Calígula” puesto que los crímenes de uno hicieron olvidar a los propios. Acusó el hecho de haber sido usado como excusa de los males atingentes al gobierno de entonces y, en consonancia, decretó el embuste de las imputaciones que cernían sobre él. En relación directa con Chiloé, sostuvo que fue allí donde hizo eco sus planteamientos por la desidia que acompañó a la tardía unión de esa provincia con Chile.

La afirmación reiteró cómo Chiloé se transformaría en la punta de lanza que incursionaría sobre el territorio chileno y propiciaría la vuelta al poder central del general, tres años después de su exilio en Lima.

“Sois llamados a formar una sola masa con los chilenos”

La carta de Bolívar se distribuyó con facilidad dentro de la opinión pública política chilena y la respuesta a las acusaciones no tardaron en ser publicadas. Fue el mismo aludido, Ramón Freire, quien redactó una proclama dirigida específicamente a los chilotes, a quienes apeló como compatriotas carísimos. En un texto publicado por el Congreso de la República, confrontó los argumentos y supuestos del ex director supremo. Pidió enfáticamente que no se aumentara y sostuviera la fuerza de “los traidores” (Manuscritos Barros Arana 44).

El tono de la proclama no pierde la tónica de los años anteriores, en los cuales los habitantes de la provincia de Chiloé fueron considerados al menos retóricamente como hermanos chilenos. No se cuestionó su vínculo con Chile sino la forma en que se consolidaría ese nexo.

La acusación directa a Bernardo O'Higgins es muestra de la fractura evidente que existió en las elites locales, las cuales no estuvieron dispuestas a transar, acusándose unas a otras de despóticas y dictatoriales. Ambos grupos, insertos en un panorama mucho más amplio de opiniones y divergencias, apelaron a diversos factores para legitimarse como verdaderos defensores de las garantías institucionales. Por su parte, el relato de Freire también fue acompañado de una impugnación directa contra los ejecutores del plan insurreccional. Por el origen comentado de quienes compusieron la asamblea de San Carlos, pareció consecuente atribuir sus exposiciones a los deseos de una elite local que percibió de manera directa, por los vínculos que mantuvo por años -comerciales y políticos- con la capital limeña, las pretensiones de O'Higgins. La ligazón tardo colonial de Chiloé con Lima no deja de ser interesante en la medida de comprender a O'Higgins como articulador de ese vínculo presente.

Estos nexos hicieron posible que la influencia del ex director supremo llegase al sur y fuese aceptada como una forma de involucrarse de una manera protagónica en el desarrollo de la administración central. Sumado a la composición de los cuerpos armados que allí se instalaron, la rápida propagación y adopción del mensaje propició el éxito furtivo de la insurrección. Para el resto mayoritario de la población la dependencia a una u otra realidad no tuvo interés manifiesto, probablemente por lo apartado y alejado de su cotidianidad (Catepillan 2022).

La periferia y las pequeñas islas alejadas de Castro, Calbuco o San Carlos, los centros más poblados de la provincia, carecieron de voz política asimilable para los conceptos de

civilización con que operó la construcción republicana del Estado (Catepillan 2017). En contraparte, quienes sí se vieron inmediatamente afectados y trastocados por los asuntos institucionales, reaccionaron a la nueva administración apoyando un gobierno vinculado a sus intereses, ya sea por gratitud ante el respaldo ofrecido o por la importancia que se le pudo haber asignado en una nueva reorganización estatal.

La convocatoria a participar en el Congreso Nacional, en tanto, desestimada ante estas presiones violentas, no pareció ser el camino por el que quisieron optar esos ciudadanos chilotes. No obstante, en el desarrollo de los acontecimientos posteriores, terminaron aceptando y participando parlamentariamente del llamado desde la capital (Aravena 2014).

El relato de Freire mencionó un tópico sobre la particularidad de la formación histórica de las milicias de Chiloé, en donde la defensa y la ofensa fueron parte de los movimientos relacionados con las independencias. Atendiendo a la historia, propuso que los cuerpos armados chilotes, coadyuvados por fuerzas provenientes del Perú, podrían abandonar sus hogares para cruzar al continente a verter sangre de sus hermanos chilenos. La experiencia histórica reciente y las reminiscencias de la invasión chilota a Chile durante las batallas de la "Patria vieja", funcionaron como retazos de los momentos más endebles del proceso de independencia a los cuales, bajo ningún punto de vista, se quería retornar. Asimismo, la proclama hizo un llamado a deponer las hostilidades y a conducirse por el bien del orden y la composición regular del Estado. Fundó sus intenciones en un argumento coincidente con lo que había planteado O'Higgins durante su

administración pues, para ambos gobernantes, ante todo, Chiloé era naturalmente chileno. Si uno en 1818 declaró que el archipiélago pertenecía a la República, “atendiendo a la dirección natural de toda la costa de Chile” (SCL, III, 268), el otro, para esta fecha, lo revalidó planteando que “por la posición en que os colocó la naturaleza sois llamados a formar una sola masa con los chilenos” (Manuscritos Barros Arana 44).

La delimitación de las fronteras en base a preceptos venidos de la geografía, fue el núcleo de diversas argumentaciones (Sagredo 2007). Los gobernantes citados, reflejaron una posición de Estado condicionada por ideas políticas externas instaladas en el modo de pensar de la época. Tal situación permitió naturalizar propuestas y otorgar carácter de indispensabilidad al proceso. Si la República se organizó como si fuera un cuerpo homologable a la naturaleza, que respondió a estadios evolutivos, la independencia, y el territorio que se consolidó, fue el resultado de imaginar en la geografía un proyecto político viable y, sobre todo, necesario.

El discurso concluyó con un llamado a respetar el juramento que habían realizado los chilotos en los diferentes partidos de la provincia, tan sólo un par de meses antes, bajo el gobierno de Santiago Aldunate. La fuente reitera aquello que el tratado de Tantauco cristalizó, en tanto omisión y olvido, sobre la forma en que debería tratarse los años que precedieron a la conquista. El compromiso de lealtad republicana fue recordado como un fruto de los propios intereses de los isleños, prescindiendo de la propia experiencia histórica de resistencia que habían opuesto a las revoluciones de independencia hispanoamericanas:

Los compatriotas, dicho de otra manera, aquellos que poseían la misma patria, el mismo lugar de origen: los chilenos, serían –en el relato– quienes irían a Chiloé, una extensión del país, a devolverle nuevamente la libertad. La patria, como concepto movilizador, adoptó el mismo matiz que había consignado el entonces gobernador Manuel Fuentes. Para este y su batallón, aun nacidos en el continente, su patria también era el archipiélago, pero sin dudas las características nacionales estaban muy lejos de ser efectivas y del todo construidas en ese entonces (Cartes 2020; Cid y San Francisco 2010).

Tropas rumbo a Chiloé, otra vez

En julio de 1826, ante la negativa de la asamblea de Chiloé de deponer el levantamiento, y considerando la tardanza de la llegada de O’Higgins a esa provincia, Ramón Freire organizó una exitosa expedición militar con la finalidad de deponer a las autoridades chilotas insubordinadas, relevar la tropa y reinstalar al gobernador Santiago Aldunate en su diligencia administrativa. Este, por su parte, fue el encargado de guiar el proceso militar para deponer las voces disonantes y frustrar los planes o’higginistas.

Como se ha señalado, no ha sido el interés de este texto fisgar en los detalles de los movimientos militares que acompañaron la expedición, sino más bien interpretarlo a raíz de los discursos que desencadenó.

La apresurada campaña aplacó con éxito los resultados del levantamiento iniciado en mayo. Luego, en un mensaje que Freire envió al Congreso, se buscó el consenso para

realizar un llamado de atención formal contra el gobierno peruano y desmarcar a Bolívar de la insurrección, ya sea por diplomacia o por atribuir solamente a O'Higgins las responsabilidades de la conspiración, con el correspondiente beneficio político que esto le otorgaría al acusar a su oposición. Freire lo definió como un reclamo ante las conspiraciones que se fraguaron desde el centro de aquella República, pretendiendo introducir en Chile la discordia y la guerra civil pues, para él, lo sucedido en el archipiélago, no fue sino el resultado de los tenebrosos designios de aquellos facciosos que han osado escudarlos con “el ilustre nombre del libertador de Colombia” (Manuscritos Barros Arana 44).

La figura de Bolívar, dispensada de responsabilidades directas, no fue tomada en cuenta por el gobierno a la hora del balance respecto a los acontecimientos. Además, él ya estaba mucho más preocupado de los movimientos políticos ejercidos contra la consolidación de la Gran Colombia, su proyecto medular, antes que atender los temas del sur. Es así como el posible apoyo que pudo dar a O'Higgins se vio mermado significativamente por temas que le eran de mayor urgencia, como la sofocación de los movimientos de José Antonio Páez en Valencia, que lo hicieron delegar en otros su proyecto político en el Perú y Bolivia (Sáez-Arance 2013).

Manuel Blanco Encalada, como posterior presidente de Chile, entre sus tantas intervenciones parlamentarias dirigió una comunicación sobre los hechos sucedidos refiriéndose a O'Higgins como “el traidor que, con tanta perfidia, arrebató de las manos de la Patria el precio de los heroicos sacrificios que acababa de hacer conquistando el archipiélago de Chiloé” (SCL, XII, 324), acusándolo también

de utilizar hipócritas e insidiosas arengas para buscar el apoyo de los chilotos. Pero no sólo eso, sino que propició que el ex director supremo, junto a Pedro Aldunate, fueran juzgados y declarados proscritos para la legislación chilena. Por la fuerza de la ley, fueron sentenciados como traidores a la patria. Es curioso notar que quien más tarde sería honrado como el “Padre de la Patria” también tuvo en su historial un juicio en el que fue declarado culpable de acciones que iban en contra de ella.

Desconfiado respecto a la consolidación de la victoria, Encalada concluyó llamando a mantener la resoluta defensa de la institucionalidad imperante e instando a O'Higgins a mantenerse al margen del desarrollo político de Chile. Los seguidores del ex director supremo, que tanto en Chiloé como en otras partes del país se habían pronunciado a favor del levantamiento, fueron amenazados de manera directa y sin vacilaciones. La proyección de la insurrección o la posibilidad de que fuese retomada, al menos por algunos años, careció de fuerza debido a la intención deliberada de reprimirla, pero también a que no logró asentarse del todo. No obstante, en el balance histórico que puede hacerse, la insurrección también propició una manera de enfrentar la divergencia política que luego se generalizó.

Epílogo

Si bien en enero de 1826 el archipiélago cobró protagonismo en la consolidación del proceso de organización de la República chilena, no fue sólo este el episodio que lo puso en las discusiones importantes que se sucedieron durante aquel año. La insurrección de mayo es prueba de ello y da cuenta de que los primeros

meses de la incorporación no fueron tan calmos como se hubiese esperado desde el Supremo Gobierno.

La insurrección y posterior proclamación de una suerte de autonomía, con la sombra de O'Higgins condicionando discursos y proclamas, dan cuenta de un proceso que fue posicionándose como una antesala de las grandes disputas entre las diferentes facciones del poder. El batallón n°4, por ejemplo, es reflejo de aquella condición, así como la forma en que la prensa difundió las noticias de aquel proceso y la seguidilla de proclamas que se divulgaron. La chispa de la discordia estaba encendida y Chiloé no hizo más que catalizarla como escenario. El triunfo de las fuerzas del gobierno en la insurrección de la provincia formó parte del preámbulo de la guerra civil que se desencadenó en 1829, porque enfrentó a modelos e intereses de organización política que pugnaron, primero en el debate y luego en el combate, por imponer un propio ideal de Estado. El proceso organizacional que culminó con la imposición por la fuerza de un régimen autoritario y centralista a fines de la década estudiada, tuvo como antesala esta lucha insular

entre o'higginistas y liberales, aunque hemos visto que estuvo lejos de plantearse como un movimiento independentista respecto a Chile.

El desenlace de la insurrección acompañó un proceso de reformas orientadas a establecer un sistema federal que, debido a la resistencia generada, no logró consolidarse por completo. Aunque la provincia fue incorporada formalmente al territorio chileno, en los meses siguientes se mantuvo como lugar de disidencia frente al poder central, pese a haber aceptado su anexión. Las élites, compuestas principalmente por sectores vinculados al cabildo y la milicia, representaron intereses particulares que buscaban mantener una posición de poder en el nuevo orden político, utilizando las tensiones entre facciones para asegurar su influencia. Aunque su participación no alteró significativamente el devenir dentro de la organización, lograron mantener relevancia al momento de acomodarse al nuevo régimen político. A su vez, grupos políticos externos confirmaron en la inestabilidad un terreno fértil para sus propios intereses. Tal como en tiempos coloniales, Chiloé volvió a ser una plataforma militar estratégica, desde la que intentaron recuperar el poder.

Bibliografía

Aguilar, Cristián. 2010. "Anexión de Chiloé (1826). Los diez años después". Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Aravena, Gonzalo. 2014. *Chiloé en documentos parlamentarios chilenos: Colección de documentos de las sesiones del Congreso Nacional, 1819-1831*. Castro: Ediciones 1826.

_____. 2017. *Chiloé 1826: El proceso de incorporación de Chiloé a la república de Chile, 1813-1831*. Santiago: Ediciones 1826.

Aravena, Gonzalo, Ignacio Ibáñez, y Alejandro Orellana. 2017. *Huellas de Chiloé en Lima: fuentes para el estudio de Chiloé en la Independencia, 1808-1824*. Santiago: Historia Chilena.

_____. 2018. *Epistolario de Antonio de Quintanilla y Santiago: último gobernador monárquico de Chiloé, 1817-1826*. Santiago: Historia Chilena.

Barrientos, Pedro J. 1932. *Historia de Chiloé*. Ancud: La Provincia.

Barros Arana, Diego. 1856. *Las campañas de Chiloé: (1820-1826)*. Santiago: Del Ferrocarril.

Berguño, Fernando. 2003. "¿Un proyecto de asentamiento francés en la isla de Chiloé (1827-1829)?" *Anales del Instituto de la Patagonia* 31: 15-20.

Cartes, Armando, ed. 2020. *Región y nación: La construcción provincial de Chile. Siglo XIX*. Santiago, Chile: Universitaria.

Catepillan, Tomás. 2017. "La Provincia de Chile: Construcción Del Estado-Nación En Chiloé, 1830-1880". El Colegio de México, Ciudad de México.

_____. 2019. "La República de la Raza. Política indígena y brujería en el Chile del siglo XIX". *Trashumante: Revista Americana de Historia Social* (13): 84-107.

_____. 2022. "De indios a ciudadanos: políticas indígenas, negociación y acomodo en Chile (1818-c. 1860)". *Anuario de estudios americanos* 79 (1): 239-72.

Cid, Gabriel. 2019. *Pensar la revolución: historia intelectual de la Independencia Chilena*. Santiago: Universidad Diego Portales.

Cid, Gabriel, y Alejandro San Francisco, eds. 2010. *Nacionalismos e identidad nacional en Chile: siglo XIX*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

Correa, Sergio. 2003. "Bolívar y Chiloé". *Revista Cultura de y desde Chiloé*.

Fernández, José. 2006. "Antonio de Quintanilla y los últimos de América: una epopeya poco conocida". *Revista general de marina* 251: 25-32.

Figueroa, Virgilio. 1925. *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile*. Santiago: La Ilustración.

Fuentes León, Patricio. 2023. *Manuel Fuentes. Un desconocido prócer chileno de la independencia de América del Sur*. Santiago: s/d.

Guarda, Gabriel. 1992. "Chiloé y el fidelismo en Chile". Pp. 33 y ss en Chiloé a 500 años. Santiago: Gráfica.

Heisse, Julio. 1978. *Años de formación y aprendizaje político 1810-1833*. Santiago: Universitaria.

León León, Marco Antonio. 2015. *Chiloé en el siglo XIX: historia y vida cotidiana de un mundo insular*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Letelier, Valentín, ed. 1887a. *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile, Legislatura 1826*. Santiago: Cervantes.

_____. 1887b. *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*. Santiago: Cervantes.

Mancilla, Luis. 2016. *Cuando los chilotes invadieron América*. Castro: s/d.

Olguín, Carlos. 1971. *Instituciones políticas y administrativas de Chiloé en el siglo XVIII*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.

Orellana, Alejandro. 2012. "Chiloé Plus Ultra. Cuerpos armados, reforma, independencia 1768-1813". Universidad Jaime I, Castellón.

Orellana, Alejandro, y Ignacio Ibáñez. 2011. "Orígenes y evolución de los cuerpos armados de Chiloé. Ejército e independencia a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX". Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción.

Reyno, Manuel. 1952. *Freire: (libertador de Chiloé)*. Santiago: Zig-Zag.

Sáez-Arance, Antonio. 2013. *Simón Bolívar: El Libertador y su mito*. Madrid: Marcial Pons Historia.

Sagredo, Rafael. 2007. "Nacao, espacio e representacao. Chiloé: de ilha imperial a territorio continental chileno". En *Revolucoes de independencias e nacionalismo nas Américas. Regiao do Prata e Chile*. Sao Paulo: Editora Paz e Terra.

Salazar, Gabriel. 2011. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837): Democracia de los "pueblos". Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. Santiago: Sudamericana.

Torres, Manuel. 1985. *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia*. Santiago: Andrés Bello.

Tupper, Ferdinand B., ed. 1972. *Memorias del coronel Tupper: (1800-1830): Diario de campaña y documentos*. Buenos Aires: Francisco de Aguirre.

Urbina Burgos, Rodolfo. 1983. *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*. 1a ed. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.

_____. 1986. "La intendencia de Chiloé y los conflictos del gobernador-intendente Francisco Hurtado, 1784 - 1789". *Revista chilena de historia y geografía* 154: 86-107.

_____. 2013. *Gobierno y sociedad en Chiloé colonial*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha.

_____. 2016. *Ancud: una capital provinciana decimonónica, 1800-1900*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Urbina Carrasco, María Ximena. 2013. "La Situación de Chiloé Durante Las Guerras de Independencia". Pp. 187-226 en Abascal y la contra-independencia de América del Sur. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Verbal, Valentina. 2022. "La restauración del orden. Civiles y militares en la sublevación O'Higginista de 1826". *Historia Caribe XVII* (41):115-48.

Vicuña Mackenna, Benjamín. 1882. *Vida del Capitán Jeneral de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina i Gran Mariscal del Perú*. Santiago: Rafael Jover.

Villamil, Enrique. 1920. *Vida de don Manuel Blanco Encalada*. Santiago: Universitaria.

Periódicos consultados

El Chilote (Lima), mayo- julio de 1826.

El Patriota (Santiago) mayo- julio 1826.

La estrella de Chile, (Santiago), agosto de 1826.

Otras fuentes

Manuscritos Barros Arana, 1826 Ms Ba 44. Biblioteca Nacional de Chile.

Letelier, V. (Ed.). (1887). *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*. Cervantes.

